

LA TEORIA DE LA OFERTA: ¡Ya se ensayó en los países pobres!

Por: Francisco Javier Ibisate
Decano de la Fac. de Ciencias Económicas

La "teoría de la oferta"¹ aparece como el contrapunto de la teoría de la demanda keynesiana y como una reacomodación norteamericana de Adam Smith y de la "ley de las salidas" (la oferta crea su propia demanda) enunciada hace siglo y medio por Jean Baptiste Say. Este comentario no pretende ser una "intromisión económica" en política norteamericana, sino una simple llamada de alerta porque la moda académica traslada teorías del norte para el sur y la "teoría de la oferta" ya se ha ensayado en las economías subdesarrolladas con poco éxito hasta el momento.

La teoría de la oferta, en expresión de Irving Kristol,² se presenta como una "rebelión humanista" contra el análisis económico matemático-mecánico, que utilizando correlaciones econométricas cuantitativas construye modelos de equilibrio semejantes a los del sistema planetario. En estos modelos mecanicistas (y computarizados) no tienen cabida elementos cualitativos humanos como las tradiciones religiosas, las relaciones familiares, los motivos políticos de los gobiernos, y sobre todo los "incentivos" que mueven la actividad productiva de los empresarios. Y siguiendo la "ley del péndulo" el nuevo lema es "volvamos a Adam Smith, volvamos a La riqueza de las naciones". La economía de la oferta coloca los incentivos, el impulso humano por mejorar la situación propia, como el "Fons et origo" de la actividad económica, y lo que es más importante, del crecimiento económico. En resumen y en contraposición de la teoría de la demanda keynesiana, la teoría liberal de la oferta se centra y preocupa por la producción y el crecimiento, relegando o dando por supuesto que de ello se derivará el efecto de la distribución de la riqueza.

En realidad de verdad ni el Keynes de Bretton-Woods con su propuesta de una moneda internacional (el Bancor emitido por la Clearing-Union) era un simple keynesiano preocupado por la demanda nacional, ni tampoco la época de la segunda postguerra mundial puede caracterizarse primordialmente por la teoría de la demanda. La gran preocupación ha sido la "reconstrucción y el desarrollo", y a nivel del hemisferio-Norte la competencia productiva de los dos grandes sistemas (potencias), que se tradujo en la gran oferta-investigación espacial, la absorbente producción-gastos de guerra y la superinstalación de capital productivo. La crisis de la década 1970... ha sido en buena parte una crisis de superproducción (economía de la oferta), un recalentamiento de la maquinaria productiva hasta llegar a los "cuellos de botella" de varios minerales, insumos energéticos, productos agrícolas... Porque la superinversión industrial dejó relegada la in-

versión en el sector primario; y unos son los países de sector primario y otros los del sector secundario. Nunca había sucedido que en el espacio de veinte años (1950-1970) se cuadruplicase el "producto mundial" (de 0'7 a 3'2 millones de millones de \$); la oferta jugó, pero la participación del más numeroso grupo de naciones del tercer mundo creció sólo del 9 o/o al 10 o/o del "pastel total" durante esos mismos veinte años.

Lo que falló fue la planeación equilibrada de la oferta mundial³ pese a las intenciones enunciadas por el Banco de Reconstrucción y Desarrollo: "reconstrucción y desarrollo ¿de quiénes?", se preguntaba hace años el internacionalista Robert Triffin. Ni falló fundamentalmente la teoría de la demanda. Falló, en primer lugar, un instrumento de demanda internacional, el dólar. En Bretton-Woods, los EE.UU. a través de su representante Harry White derrotaron la propuesta keynesiana de una moneda internacional (el Bancor, canasta de varias monedas) y se impuso el dólar como moneda-clave "as good as gold": se ganó la batalla del prestigio norteamericano, pero se comenzó a perder la guerra por el mismo prestigio. "De la penuria de dólares a la superabundancia de dólares", y la teoría de la oferta tuvo en ello su parte. La inundación de dólares tuvo su origen en las multimillonarias inversiones multinacionales (El Desafío Americano), en la enorme producción armamentística (Corea, Vietnam, guerras frías...), en la financiación de déficits de su balanza de pagos, en la aparición de petrodólares generados a su vez por el presumible agotamiento de un energético clave. La suerte de la divisa-patrón, instrumento de demanda, comenzaba a reflejar la suerte de la oferta no sólo americana, sino de los países fuertes del hemisferio-norte. La revaluación del oro, del marco, del yen, la institución de los derechos especiales del giro y los acuerdos monetarios subsiguientes pudieron subsanar de momento la demanda internacional. Pero la crisis se profundizó, arrastrando en su remolino al conjunto de las economías socialistas, quienes desearían (según declaraciones oficiales) la pronta recuperación del capitalismo, ya que ellas ocupan un lugar intermedio en el comercio internacional entre el capitalismo industrializado y el tercer mundo subdesarrollado.⁴

Pero el elemento más importante está en que durante esa fase del desarrollo mundial se fue ensanchando la brecha productiva entre el hemisferio-norte (hemisferio patrón de los medios de producción) y el hemisferio-sur (hemisferio proletario); se fue acrecentando el endeudamiento del tercer mundo y se fue reduciendo la capacidad de demanda del más numeroso grupo de naciones. Un

dato aclarador es que el superavit de la OPEP equivalga aproximadamente al aumento del déficit de la balanza de pagos del tercer mundo; lo que viene a significar que los países subdesarrollados han absorbido la mayor parte de los aumentos en el precio del petróleo. Falló la economía de la oferta porque en realidad falló la gran demanda mundial, la de los países pobres "que quieren y no pueden comprar" (Malthus); y falló la demanda mundial porque falló la teoría de la oferta aplicada a las economías subdesarrolladas.

La teoría de la oferta coloca los "incentivos" en la base de la productividad y crecimiento económico. En esos veinte años (1950-1970) de teoría de la oferta, cuando la tercera revolución industrial cuadruplicó el producto mundial ¿cuáles fueron los incentivos de la actividad y crecimiento económico? El hecho de que las guerras de esa época hayan sido "guerras entre sistemas económicos (Corea, Vietnam, guerra fría) muestra que de ambos lados el "incentivo del poder" estaba a flor de piel: la asombrosa competencia en investigación espacial, la carrera armamentística... explican y catalizan buena parte de la actividad económica del sector productivo: buena parte de esa oferta era "disuasiva" y ojalá "no consumible", pero era "oferta". El montaje de la OTAN y del Pacto de Varsovia muestran suficientemente que —por ambos lados— un elevado porcentaje de la actividad económica estaba al servicio de los motivos político-militares, del incentivo del poder nacional o del sistema. La tensión o guerra-fría del este-oeste fué traduciendo cada vez en la "división caliente" del norte-sur, que es la división más compleja y la más aprovechada del mundo actual.

Se intentó poner en movimiento el "incentivo del servicio", de la distribución de la riqueza, de la participación de los países pobres en el desarrollo mundial, pero sin mayores resultados. Los rasgos típicos de la economía liberal, que perdían puntos al interior de las naciones industrializadas, campeaban por sus respetos a nivel de las relaciones internacionales. No ha habido un "superestado" que doblegue las propuestas o los vetos de las potencias más fuertes en los organismos internacionales; la "ley de la oferta y de la demanda", el "mercado de comprado-

1. Cruz, Miriam: Efectos socio-económicos de la política anti-inflacionaria de Reagan. La teoría de la oferta y sus implicaciones. Boletín de Ciencias Económicas y Sociales. Nos. 32-33- pág. 209.
2. Kristol, Irving: *Ideología y Economía de la oferta* de la oferta y sus implicaciones. Boletín de Ciencias Económicas y Sociales. No. 35, 1981 pp. 30-35.
3. Leontief, Wassily: *El futuro de la economía mundial*; Siglo XXI 1977.
4. Gunder Frank, André: *El desarrollo de la crisis y la crisis del desarrollo*. Comercio exterior marzo 1980, p. 238.

res o de vendedores”, según los casos, han determinado el nivel de los precios que, con excepción casi única del petróleo, han generado el deterioro de intercambio para los países ya pobres; los “sindicatos de naciones”, es decir los “mercados comunes” han favorecido más a los más ricos. Los países ricos ¿se unen porque son fuertes o son fuertes por que se unen?; lo cierto es que los países pobres no logran ni una cosa ni otra: ni unirse, ni ser fuertes (con excepción de la OPEP) o porque no quieren o porque no les dejan quererlo. Los sindicatos fuertes de los países industrializados obtienen para sus afiliados una participación en la creciente productividad, pero consciente o inconscientemente esquilman los ingresos de los trabajadores del hemisferio-sur, que deben pagar más caras sus importaciones. Y por añadidura los partidos comunistas frecuentemente han aprovechado la desigualdad creciente más para restregar la herida y ganar adeptos que para colmar la brecha de la pobreza. “El que esté limpio de pecado que lance la primera piedra”.

Lo que sí es cierto es que a nivel mundial la teoría de la oferta, en su época de auge (1950-1970) ha funcionado mal, en parte por ser “militar” y en parte por ser “liberal”. Y la teoría de la oferta también funcionó mal a nivel de las economías subdesarrolladas durante la misma época. Y aquí si se plantea el problema de la producción-distribución.

Las teorías desarrollistas del tercer mundo hicieron, según entiendo, una mala mezcla de Jean Baptiste Say y Keynes. Creyeron que lo importante era incrementar el producto y la renta nacional. Aparentemente el intento resultó: las tasas de crecimiento global de estos países, que arrancaban del suelo, eran equivalentes y a veces superiores a las de economías desarrolladas capitalistas o socialistas. Y luego se procedía a la distribución de la riqueza nacional mediante una división imaginaria de la renta entre toda la población, que daba como resultado un número también imaginario, llamado el “ingreso per capita”. Así de la noche a la mañana algunos países pasaban de la categoría de sub-desarrollados a desarrollados, situándose el patriarcado de Kuwait muy por delante de los Estados Unidos.

Para que la realidad no fuera tan imaginaria se hacía confianza en las políticas monetarias y fiscales, a fin de que allanasen las ásperas desigualdades. Un simple análisis estructural nos muestra que ambos flujos monetarios y fiscales generan más bien “corrientes perversas” que acrecientan las disparidades de ingresos.

Valga recordar que Keynes construyó una teoría del corto plazo (“porque en el largo plazo todos estaremos muertos”), aunque sentó las bases de una metodología para el más largo plazo. Pero él mismo afirmó que su modelo no se adecuaba a las economías subdesarrolladas: su esquema conceptual es un instrumento útil para el análisis de nuestras fallas estructurales, pero sus políticas

económicas son ineficientes en orden a transformar esas estructuras.

Esta realidad es tan elocuente que a veces logra que los hombres cambiemos de teoría: tal ha sido el caso aleccionador del economista paquistaní, Mahbub ul Haq, defensor antes del enfoque desarrollista y que ahora, en el Banco Mundial, se disculpa de su pasado enfoque y se convierte en un crítico de la “teoría de la oferta”, porque ni en el Paquistán ni en otros países del tercer mundo esas directrices tuvieron el éxito que se esperaba.⁵

En las teorías desarrollistas de la oferta —donde también juega los mecanicismos— el proceso productivo arranca de la generación de capital; el capital nace del ahorro y la necesidad de ahorro hace permisible y aun recomendable la disparidad de ingresos y el acrecentamiento de los beneficios. Las redistribuciones fiscales, que recorten los beneficios, recortan el ahorro, recortan la inversión y diezman el capital para el desarrollo. Por lo tanto las políticas económicas (monetarias, fiscales. . .) deberían favorecer a los empresarios y a quienes tengan tasas elevadas de ahorro. Antes de cambiar de enfoque (1963) Haq escribía: “la mejor forma de seguridad social es una rápida expansión de las oportunidades de empleo productivo para todos por medio de la creación de capital suficiente por algunos. Existe, por lo tanto, una justificación funcional para la desigualdad de ingreso si esto aumenta la producción para todos y no el consumo de unos cuantos. El camino a la igualdad final puede atravesar inevitablemente por desigualdades iniciales”⁶ ¿Por qué Haq rechazó esta posible historia y abandonó su antiguo enfoque?

Se espero que el aumento en los bienes y sectores “productivos” generaría, por vasos comunicantes, un mejoramiento en el nivel de bienestar humano social, un acceso general a bienes como alimentación, asistencia técnica, educación, con efectos favorables en la esperanza de vida, mortalidad infantil, alfabetismo. . . Pero la carambola benéfica no jugó. Y Haq escribía en 1971: “Es hora de poner a la teoría económica de cabeza, puesto que una tasa creciente de desarrollo no es garantía contra el aumento de la pobreza. . . El divorcio entre las políticas de producción y distribución es peligroso: las medidas de distribución deben incorporarse a la urdimbre y organización mismas de la producción”.⁷ Ese “poner de cabeza la teoría” significaba que “la estrategia de crecimiento que había dependido del ahorro de los ricos, como motor de aquél, era inaceptable ahora; el énfasis debía estar en combatir la pobreza y orientar la distribución en favor de los pobres. La historia del desarrollo mostraba la falta de esta orientación.”⁷ El precio de las políticas desarrollistas al interior de cada nación y las repercusiones del intercambio desigual internacional estaba resultando muy costoso a los sectores pobres de los países pobres. Difícilmente podrá encausarse a estos sectores pobres de la inflación nacional (y menos de la internacional), aunque sí les



ha tocado sobrellevar la carga más fuerte tanto de la inflación como del desempleo.

Y con el nuevo mal de la “estanflación” parece cerrarse aun más la salida hacia una teoría de la distribución social. Ante el doble mal de la inflación y el desempleo, las declaraciones oficiales claman por la lucha contra el desempleo, mientras que las políticas y decretos ejecutivos pretenden frenar la inflación. Mientras se gestaba la inflación, los salarios y sueldos fijos quedaban muy a la zaga de los precios, de los beneficios y de los sueldos acoplados al alza; para combatir la inflación se decreta, en la mayoría de países, la congelación de los salarios y sueldos fijos, como si estos ingredientes fuesen el principal elevador del “valor agregado”. Como la demanda del Estado y sus gastos improductivos fueron elementos generadores de demanda inflacionaria, hay que abandonar los déficits estatales y sus gastos improductivos (con excepción de los gastos en armamentos y similares), instituyendo presupuestos equilibrados. Queda así limitada la distribución y la transferencia social que podría realizar el Estado.

La teoría de la oferta nos entra por “efecto goteo” y el “sector productivo” se siente una vez más llamado a ser la columna vertebral de la economía. Los apoyos estatales, las desgravaciones fiscales, el juego de la libre iniciativa se espera que generen los “incentivos” que mueven la actividad productiva de los empresarios, aumentando el empleo con menor tasa de inflación. Nos quedamos a la expectativa de lo que pueda rendir este renovado intento, que en el pasado siglo se tomó más de cien años para hacer sentir sus efectos. Y es que ahora lo economistas se han quedado inermes “sin teoría económica”, con peligro de olvidar lo que ya estaba inventado. Con los residuos de teoría y de historia que aún nos quedan podemos decir que la “teoría de la oferta” no ha funcionado en las economías subdesarrolladas, y funcionará menos aún en aquellas que enfrentan conflictos civiles, cuyo origen hay que buscarlo en la propia teoría de la oferta.

5. Jamesson, Kenneth: **Economía de la oferta: Para ricos y pobres**. Perspectivas económicas No. 34, pp. 54-58.

6. Artículo citado; pág. 55

7. Artículo citado; pág. 57